

¡Ay, la solemnidad!

Sergio Aguayo Quezada
saguayo@colmex.mx

17 de febrero de 2010.

Un lastre cultural es la solemnidad torpemente procesada que provoca confusiones entre jerarquía y autoridad. Es un mal que afecta a gobernantes y gobernados.

El viernes 12 de febrero La Jornada llevó como portada una foto excepcional firmada por la agencia Cuartoscuro. En ella, Felipe Calderón suda agobio y desconcierto, mientras que su esposa Margarita Zavala tiene la cabeza ligeramente inclinada y su expresión es propia de una Dolorosa. Frente a ellos, pero dándoles la espalda, está Luz María Dávila, la madre que perdió a sus dos hijos en la masacre de Ciudad Juárez. Uno se imagina que ése es el momento en el cual Luz María cubre a Calderón con el desdén y la rabia acumulada mientras encuentra refugio entre los suyos.

El poder del momento captado por esa fotografía se esfuma cuando se ve la misma imagen como parte de una noticia transmitida por televisión. Se observa entonces la escenografía propia de la solemnidad de nuestros políticos. Desde que tengo memoria, la "dignidad" de un evento público exige adornar el estrado con arreglos florales, mientras más caros mejor. ¿Cuánto gastamos en esos adornos que después de ser efímeros testigos del boato político terminan alegrando las estancias de funcionarios menores?

La presencia de Calderón en una escenografía tan convencional confirma que optó por refugiarse en la solemnidad y la jerarquía. Me explico. Independientemente de su origen social y su biografía, la mayor parte de quienes se ponen la banda presidencial sufren una metamorfosis. Su entorno inmediato los eleva y mantiene en el Olimpo. Es un mundo regido por el Estado Mayor Presidencial.

Cuando el Presidente viaja todo funciona a la perfección. Sale de Los Pinos en un helicóptero que lo deposita al lado del avión cuyo interior ya está ocupado por su séquito. El Presidente se sienta y el avión

despega, cuando aterriza ya esperan en la puerta otros helicópteros o vehículos que trasladan a la comitiva a un ambiente lleno de ciudadanos felices por la obra que se inaugura y están dispuestos a aplaudir, por entusiasmo, obligación o inercia, al Presidente que los visita. Y es que las y los mexicanos están culturalmente condicionados a venerar o respetar al Presidente. Quienes están dispuestos a criticarlo rara vez se pueden acercar a él.

Los mandatarios no entienden que se venera a la jerarquía, y no a la persona. En consecuencia, algunos ex presidentes deambulan como zombis. El caso más extremo es el de Vicente Fox, quien se ha construido un ambiente en el que recrea aquellos días de gloria y rosas.

Eso ayuda a entender el desconcierto que irradian Felipe y Margarita en la fotografía antes mencionada. Debe reconocérseles su disposición a meterse en la boca del lobo y aguantar las críticas. ¿Servirá? Sería deseable que así fuera porque es una aberración que quienes nos gobiernan sigan viviendo en una burbuja de privilegios y porque la paciencia ciudadana se está agotando en muchos lados.

Tere Almada es una juarense que ha acreditado, en las últimas décadas, su compromiso con la sociedad, la justicia y la democracia. Al día siguiente de la masacre difundió en su círculo una carta de la cual reproduzco algunas líneas: "Llevamos dos años con miles de soldados y policías en la calle, soportando retenes y abusos y la pregunta que nos hacemos muchos es ¿a quién combaten?, porque hasta ahora no los hemos visto en ninguna acción contra narcotraficantes [...] se han vuelto especialistas en la escena del crimen, a la que procuran llegar un buen rato después".

Tere Almada continúa: "A ratos no sé que nos duele más a los juarenses: la muerte, que se ha vuelto una realidad cotidiana, la indiferencia hacia el dolor de las víctimas y sus familias (como el caso de la niña que fue atropellada por una camioneta del ejército, perdió una pierna y ahora el hospital quiere quitarle la casa a la familia, porque debe cien mil pesos; el padre desesperado dice que en la Sedena no le quieren pagar y ya los soldados ni lo dejan entrar); el discurso de las autoridades, que siempre afirman que los asesinados

eran narcotraficantes, lo que lastima doblemente a las familias; los espectaculares por toda la ciudad: 'Policía municipal lista', 'Subprocuraduría de Justicia: metas ¡rebasadas!', 'El Ejército y la Policía Federal vienen a salvar a Ciudad Juárez'; el cinismo y la trivialidad de los funcionarios y la clase política de los tres niveles de gobierno [...]. En mayo pasado, cuando asesinaron a su padre, mi hijo me lanzó la pregunta: '¿Mamá y no nos vamos a ir a otra ciudad?' Yo le contesté que era importante quedarnos para luchar por que las cosas cambiaran en nuestra ciudad".

Quienes gobiernan deben entender que cuentan con la jerarquía, pero que carecen de la autoridad que tal vez obtengan cuando demuestren su compromiso con el interés general. Juárez les da una oportunidad. ¿La aprovecharán?

La foto y la carta íntegra de Tere Almada aparecen en mi página, donde también pueden dejar sus comentarios:

www.sergioaguayo.org.

www.twitter.com/sergioaguayo